GRANTA

EN ESPAÑOL. NUEVA ÉPOCA | 5



POR ESPEJO, OSCURAMENTE

Daryush Shayegan
Ursula K. Le Guin
Fernanda Trías
Adam Zagajewski
Philip K. Dick
Rodrigo Rey Rosa
Zadie Smith
Paolo Giordano
Carlos Labbé
Rebecca Solnit
Ramón Sangüesa
James Tiptree Jr.
Liliana Colanzi

GRANTA

EN ESPAÑOL. NUEVA ÉPOCA | 5

POR ESPEJO, OSCURAMENTE

GRANTA

EN ESPAÑOL
Av. Diagonal 361, 2.º 1.ª 08037 Barcelona, España
www.granta.com.es | info@granta.com.es

NÚMERO 18: OTOÑO 2016

NUEVA ÉPOCA 5

PUBLISHER Joan Tarrida
DIRECCIÓN Valerie Miles y Aurelio Major
REDACCIÓN Lidia Rey
CONSEJO EDITORIAL Victoria Cirlot, Rodrigo Fresán, Helena Rosa-Trías, Mercedes Monmany
COMUNICACIÓN Disueño Comunicación, S.L.
WEB Y REDES Jenn Díaz
PORTADA Martín Balzola
AGRADECIMIENTOS Al equipo de la Fundación Aquae, a la Fundación Santillana, a Luke Neima, Francisco Vilhena y al equipo de Granta en Londres, a ACE Traductores y la Universitat Pompeu Fabra.

GRANTA EN INGLÉS
PUBLISHER Y DIRECTORA Sigrid Rausing
JEFA DE REDACCIÓN Rosalind Porter

www.granta.com
GRANTA BRASIL: www.objetiva.com.br | GRANTA ITALIA: www.grantaitalia.it
GRANTA BULGARIA: www.granta.bg | GRANTA NORUEGA: www.gyldendal.no
GRANTA SUECIA: www.albertbonniersforlag.se
GRANTA TURQUÍA: www.grantaturkiye.com | GRANTA CHINA: www.99read.com
GRANTA PORTUGAL: www.tintadachina.pt | GRANTA FINLANDIA: www.grantafinland.fi
GRANTA ISRAEL: www.grantaisrael.com | GRANTA JAPÓN: www.bunjaku.net

Primera edición: noviembre de 2016

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016
Depósito legal: 49. 2004
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16734-49-8
Fotocomposición: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Sagrafic

Printed in Spain – Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, además de las excepciones previstas por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o digitalizar fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Este número de *Granta* en español se ha realizado gracias a la colaboración de Fundación Aquae

AQUAE FUNDACIÓN

ÍNDICE

5 **Reimaginar el mundo**

11 **El horizonte de las influencias combinadas**
Daryush Shayegan

21 **La máquina de perder/ leerrr riqueza**
Carlos Labbé

33 **El futuro era… zzzzzzzz**
Anna Della Subin

43 **Aquel vivir del sol**
Carlos Vara

47 **Puertas de llegada**
Rebecca Solnit

57 **Dominio**
Louise Erdrich

77 **Nuestro mundo muerto**
Liliana Colanzi

85 **Exégesis**
Philip K. Dick

101 **la caja de voces de Pandora: de la comunidad en el ciberespacio**
Carmen Hermosillo, alias humdog

111 **Un espejo o una ventana**
Scott Esposito y Juliet Jacques

121 **Alma hermanal Correspondencia entre J. Tiptree Jr. y U. K. LeGuin**
Edición de Julie Phillips y Lisa Rogers

135 **Un fallo técnico**
Rebekah Frumkin

147 **Como de costumbre**
Flaminia Ocampo

153 **No somos datos**
Javier Argüello

161 **Narración e internet**
Paolo Giordano

173 **The Most Dangerous Writing App: crónica de una desaparición**
Fernanda Trías

181 **Carnalidad sagrada**
Mary Karr

189 **El GPS como segunda piel**
Jorge Carrión

197 **Cazando sombras en el Báltico**
Ramón Sangüesa

203 **El hermano menor**
Adam Zagajewski

213 **Despuntes: del crecimiento y la forma de la policía de los patrones**
Matteo Pasquinelli

221 **Las ventanas de la voluntad**
Zadie Smith

241 **El diablo, seguramente**
Rodrigo Rey Rosa

254 **Colaboradores**

Reimaginar el mundo

Por un espejo, oscuramente» es una frase célebre del apóstol Pablo procedente de la misma epístola en la que sostiene que sin amor no hay nada. Quien pueda entender la palabra antes de que se pronuncie, antes de que los sonidos formen las imágenes de la palabra, será capaz de ver el enigma a través del espejo, es decir, el rostro divino. Así pensaba San Agustín al especular sobre Dios y el verbo. Es una frase ciertamente misteriosa, sugerente; prueba de ello es que ha animado a creadores y pensadores a lo largo de la historia desde el propio San Agustín, a músicos como Brahms o Zbigniew Preisner que la usó en una aria para la película *Azul* de Krzysztof Kieslowski. También Ingmar Bergman indaga en el desamparo espiritual, en el silencio obstinado de Dios. Desde los cuentos de Sheridan Le Fanu a una conferencia de George Steiner, desde los juegos semánticos de los Rolling Stones en *Through the Past Darkly* y Philip K. Dick y su *Through a Scanner Darkly*, hasta últimamente la serie de televisión *Black Mirror,* sobre el creciente malestar con la intromisión tecnológica y sus implicaciones en la vida contemporánea.

Mandelbrot afirmaba que el sueño de la ciencia es partir de un revoltijo para lograr explicarlo con una fórmula sencilla. También dijo que las montañas no son conos, las nubes no son esferas, las costas no son círculos ni los ríos líneas rectas. Esta abstracción del mundo real es

un ejemplo del pensamiento topológico, que investiga las invariantes que se conservan tras una transformación, una geometría que cobra cuerpo a través del movimiento. Hay quienes creen que nuestros pensamientos más íntimos se pueden descifrar al cartografiar el movimiento del ojo.Y estos datos agregados en un mapa de los movimientos oculares a lo largo de las culturas y las sociedades podrían mostrar una suerte de patrón de conducta lo bastante sensato para predecir futuras acciones. Es el fractal de la conciencia humana que podría darnos el mapa topográfico del inconsciente colectivo, o el ojo transparente: «nada soy, veo todo». El iris como el horizonte fractal del deseo, la huella de Dios que se revela en la bruma corneal como el vaho en el espejo.

Los datos no son números sino *Gestalten*, escribe Matteo Pasquinelli, «estructuras convertidas en imagen: puntos infinitos que dibujan la silueta de una nueva Singularidad emergente contra el fondo de unos datos que, en apariencia, no tienen sentido». Imbuimos de sentido los datos al buscar y reconocer las convergencias, las continuidades y los vínculos, sus vasos comunicantes, los susurros. Les damos propiedades físicas. Un espacio. Un futuro. La apofenia es el hecho de reconocer una imagen, un rostro humano, un patrón donde no hay ninguno: es un espejismo en la superficie de los datos.

¿Con qué fin buscamos actualmente revelar la huella divina? ¿La curiosidad? ¿La pasión por la belleza? ¿Un conocimiento universal profundo que mejore el mundo? ¿O se trata en realidad simplemente de un proceso colonial alimentado por el afán de poder y el lucro? La línea topográfica del futuro de esa ecuación, ya que la ciencia y las matemáticas se han convertido en los nuevos oráculos y videntes, es una imagen inquietante: la crónica de una muerte –de mucha muerte– anunciada. Como drones que confunden bodas con aquelarres de terroristas. Las pantallas de los ordenadores son el nuevo escudo de Aquiles, o si creemos en el individuo, el doblón del capitán Achab.

El filósofo iraní Daryush Shayegan vislumbra un nuevo encantamiento del mundo secularizado. En ese espacio de transmutaciones, en ese otro sistema de organización alcanzable a través del espejo, «la modernidad resbala de las manos, pierde su eficacia, no nos sirve ya

de guía, y la experiencia está signada por la desorientación: aquí estamos a la deriva, sí, y aquí es donde hay diálogo. Pero no un diálogo divertido entre culturas, sino el de la metahistoria». En este mundo nuevo en el que los seres humanos y las máquinas están creando un nuevo verbo común, creemos que las máquinas se aproximan a los hombres, aunque más bien parezca que nos estamos acercando cada vez más a las máquinas. Esta época ya se reconoce por su déficit de la emoción más humana: la empatía.

La filosofía está escrita en el gran libro que es la naturaleza, que tenemos abierto delante de los ojos (el universo), y utiliza el lenguaje de las matemáticas, dice Galileo en *El ensayador.* Sus caracteres son triángulos, círculos y otras figuras geométricas «sin las cuales sería imposible entender una sola palabra; sin ellos es como girar vanamente en oscuro laberinto». El laberinto es el lugar por antonomasia del mito y de la poesía, como sabe el profesor de matemáticas yazidí que dice al narrador de Rodrigo Rey Rosa en una cueva: «yo soy profesor de matemáticas. Las matemáticas son una clase de ficción». Deleuze y Guattari consideran que las matemáticas no son una ciencia, sino un prodigioso argot, y además nomádico. El arte es saber combinar las múltiples relaciones en juego.

En este número exploramos la identidad y la subjetividad narrativa en la era digital, cuando las estructuras políticas ven su hegemonía disputada por las grandes corporaciones de la tecnología –Google, Facebook, Apple–, y el capitalismo globalizado insomne, nervioso, se vuelve más depredador cuanto más nos alejamos de la historia de los trágicos sucesos del siglo XX. «La literatura comprometida, beligerante, a veces se vuelve impotente ante la complejidad del mundo –escribe Adam Zagajewski–. Uno se siente tentado a reclamar que en la literatura exista algo semejante al tan famoso entre los matemáticos Teorema de Gödel sobre la incompletitud de los sistemas lógicos que, si lo entiendo bien, requieren un metasistema para ser valorados. Ignoro qué ocurre en el campo de la lógica, pero los autores de poemas, novelas y ensayos no disponemos de un sistema superior así. Sólo nos quedan la conciencia, la buena voluntad y la razón, que tiene

muchos hermanos y hermanas: la pasión, la ambición, el coraje o la ausencia de él.» No hay nada nuevo bajo el sol, pero desde la desmemoria, todo es nuevo. Los viejos dioses y el nuevo. ¿Cuáles serán los nuevos mitos creados en la era de los datos?

Carmen Hermosillo, una de las pioneras en las experiencias y posibilidades del mundo virtual, destaca ya en los noventa que no hay un allanamiento de las jerarquías, sino una mercantilización de la personalidad del individuo por parte de los señores de los datos en una compleja transferencia de poder e información: «mis pensamientos se entregan gratuitamente y las entidades de consumo y servicios los venden como entretenimiento». La base de datos es el nuevo archivo del poder, simbólica y políticamente. La cuadrícula del código binario se disuelve, creando ondas, escribe Pasquinelli, «su forma de poder es la modulación más que la disciplina, y su técnica de navegación, el *surf*, más que la enumeración». La imaginación que no ha sido usurpada aún es un lugar sin estrías. Un océano. Un desierto. Nómada. Es espacio abierto, amorfo, donde se puede pensar.

Si el nuevo sistema mercantiliza el tiempo y el espacio, entonces lo subjetivo, los espacios de la imaginación y los sueños, como el abismo, siguen siendo peligrosos, rebeldes, laberínticos. Refiriéndose a la obra inmensa de Bachelard, Foucault habla en «De los espacios otros» de fantasmas, de nuestras primeras percepciones, que guardan en sí mismas cualidades que son como intrínsecas; «un espacio liviano, etéreo, transparente, o bien un espacio oscuro, rocalloso, obstruido» espacio de las cimas, o espacio del barro, que está corriendo como el agua viva, o fijo, detenido como la piedra o como el cristal.

En San Francisco, una empresa elabora joyas que parecen al principio telas de araña, pero se trata de cartografías cronoespaciales de un viaje significativo, de un traslado a algún lugar que tiene un valor simbólico o transformador de la identidad. Una modalidad moderna, críptica, del retrato. El brillo rosáceo del colgante en forma de pez cristiano es lo que sirvió como interruptor para que el escritor de *Blade Runner*, Philip K. Dick, viviera ese episodio místico que lo tras-

ladó a la Roma del primer siglo de nuestra era, al día después de que crucificaran a Jesús y antes de su resurrección.

El pensamiento nómada, la interconectividad, la simultaneidad, el encaje de diferentes identidades. La mezcla de símbolos, amalgama de iconos y mandalas, el yin y el yang en combinaciones inagotables para un bosque renovado como el de Agustín Ibarrola. Experimentamos con formas nuevas, se saltan las barreras narrativas como en el cuento de Carlos Labbé, que pauta la lectura para crear casi un efecto físico. «El interés por los híbridos en el campo de la ficción se desprende del hecho de que esa zona intermedia y sus formas mutantes haya derivado de un universo aparte –dice Daryush Shayegan desde Teherán–, un ámbito de original creación en el que la hibridación es la consecuencia de una exploración sin precedentes del mundo de la imaginación.»

La tecnología ya ha cambiado el pasado de forma inalterable. Anna Della Subin nos recuerda, hipnótica, las palabras de Martin Luther King: «No hay nada más trágico que quedarse dormido durante una revolución». El repliegue de los dioses nos ha dejado un mundo más mágico e irracional que nunca, responde Shayegan. El nuevo mundo secularizado es libre, nómada, pero frágil. Sólo hay que leer las estremecedoras cartas de Alice Sheldon confesándose compungida por engañar a quien había sido su amiga epistolar varios años, Ursula K. Le Guin, cuando se descubrió que era ella el enigmático escritor de ciencia ficción James Tiptree Jr.

Quizá los yazidíes tienen razón, el diablo volverá a convertirse en ángel y el hombre se hará semejante a Dios. Toda llegada implica un viaje, bellas máquinas. En la anomalía tenemos la posibilidad de resistirnos a unos sistemas que procuran imponer que el individuo no importa, es un fastidio, en una especie de vuelta al comunismo en versión capitalismo *twentyfour-seven*. ¿Qué historias contamos ahora? Ya nos han usurpado la identidad de cada uno en la gran base de datos que es el universo del presente y resistir no implica esconderse. Ahora si miramos como Narciso en el abismo de los datos, ¿qué rostro nos devolverá la mirada?

¡Destacad!

Valerie Miles y Aurelio Major

COMO DE COSTUMBRE

Flaminia Ocampo

El sonido retumbó antes del amanecer. Signo inconfundible de que era otro día 12. Cada día 12 de cada mes de cada año a las 4 de la mañana, un poco antes, a las 3:57 exactamente, oía el ruido. Ya no se quedaba en la cama intentando describirlo. Era la hora de la angustia, cuando cualquier pensamiento perturbaba. ¿De dónde provenía ese sonido? A veces de la computadora; otras veces del teléfono celular o de la tableta.

El silbido intermitente anunciaba también que en alguna parte, cerca o lejos de donde Noam Sainz estaba, había un acceso a toda la configuración eléctrica de su casa y lógicamente a su servicio de internet. A las 4 en punto, empezaba a desaparecer la electricidad de algunos enchufes, aunque nunca de los mismos. No había secuencia para prever cuál era el siguiente que iba a dejar de funcionar. Lo mismo ocurría con el internet. Aparecía y desaparecía en su pantalla el temido aviso de la desconexión.

Los días 11, antes de irse a dormir, se encargaba de que todos sus aparatos electrónicos tuvieran las baterías recargadas, pero era una precaución inútil. Aunque el sonido y los cortes de energía y las interrupciones de internet se iniciaran el día 12 duraban hasta el 15 a la medianoche, cuando finalmente su pago a la Corporación de las Comunicaciones quedaba acreditado.

¿Qué tipo de instrucciones recibían aquellos empleados responsables de entremeterse invisiblemente en su departamento, al menos responsables de programar el código para producir esas intromisiones? «Molesten a otros, irrítenlos, háganles la vida menos regular». ¿Serían ésas las instrucciones? Igual era extraño que la Corporación de las Comunicaciones lo castigara de ese modo. Y también era curioso, pero una curiosidad de otra índole, que una tecnología tan sofisticada siguiera dependiendo de unos cuantos enchufes.

¿Quiénes eran los soldados cibernéticos capaces de cumplir esas órdenes? Seguramente eran jóvenes: Noam Sainz era joven y, como ellos probablemente, su juventud también consistía en pasar indemne por una serie de obstáculos: flagelos emocionales de todo tipo por considerarse ineptos para el mandato corporativo.

En la Compañía donde Noam trabajaba se premiaba a los más eficientes con una cadena para lucir en el cuello, hecha de eslabones de oro y platino. En cada uno de esos eslabones había interfaces para comunicaciones de corta distancia y, de ese modo, los empleados se mantenían continuamente conectados con los directivos de la Compañía. Algunos se quitaban las cadenas a la noche pero muchos preferían no quitárselas. Insistían que durante el reposo, a través del contacto de los eslabones con el cuello, se implementaban instrucciones en el cerebro vía la médula espinal. Gracias a cierta energía aplicada a las sinapsis entre neuronas se revitalizaba el sistema nervioso –eso decían– y aunque al despertar se esforzaran por recordar emociones como la tristeza o la duda o la desgana era imposible volver a sentirlas.

El volumen del sonido que se iniciaba a las 3:57 aumentaba de golpe a las 5. Aviso inconfundible que de pronto sólo habría una fuente de electricidad funcional en todo el departamento y que él disponía de unos segundos para encontrarla. Como ese jueguito –para definirlo de algún modo– duraba tres días seguidos, él intentaba que su computadora y otros aparatos no se descargaran. Los necesitaba todos para trabajar y también, durante sus ínfimos minutos de descanso, para enterarse de qué ocurría en el mundo.

Su trabajo consistía en ser parte de una organización –un eslabón más como remarcaban los jefes– que le permitía a un consumidor por internet recibir la compra que acababa de hacer casi enseguida después de pagarla. A menor tiempo entre la compra y la entrega, mayor era la posibilidad de ser premiado con la cadena de interfaces.

Cuando se perjudicaba la eficiencia de esa inmediatez, como se perjudicaba bajo el control de Noam Sainz desde el 12 hasta el 15, fuera sólo por unos breves instantes, él se encontraba perdido en una realidad donde nadie lo acompañaba y a nadie le importaba que él existiera o dejara de existir.

Unos pocos minutos contaban demasiado y ese retraso quedaba registrado en alguna parte y sorpresivamente se lo castigaría.

Miles de millones estaban frente a sus computadoras, pero él durante tres largos días no lograba acceder a la suya continuamente y utilizarla con la eficiencia que se esperaba de él. Además de la descarga de sus aparatos, las desconexiones del internet también perjudicaban su trabajo. Imaginaba que durante el breve tiempo, cuando su presencia no se registraba en la red, ocurría una catástrofe súbita y no había manera de acceder a instrucciones para salvarse.

Esas incomodidades eran un recordatorio aleccionador y vengativo de que debía pagar su cuenta mensual a la Corporación de las Comunicaciones. A pesar de que el vencimiento era el día 15, empezaban a presionarlo los días 12 por no haber pagado aún, hasta que finalmente tres días después, cuando aparecía el sueldo de la primera quincena en su cuenta, se debitaba el pago y todo volvía a la normalidad.

Aunque era lo que más deseaba en la vida, no podía pagar antes del 15. El sueldo de una quincena entera iba directamente a la clínica neurológica donde estaba internada su madre. A Noam Sainz le costaba compadecerse y se esforzaba en apenarse por ella que de tanto estar sola había perdido el habla. Ahora estaba mejor, balbuceaba, tartamudeaba, todo progresos. Su madre no soportaba la soledad, pero tampoco a su hijo o a cualquier otro ser humano. Presencias que se movían y ocupaban espacio y le alteraban el carácter. «El contacto

físico con la gente me vuelve mezquina», había dicho siempre. Por suerte en la clínica le sobraban los amigos gracias a sensores que transformaban el reflejo de su madre en los espejos del cuarto en la imagen de otra persona. Ella intentaba hablarles durante horas, lo que se consideraba rehabilitación para recuperar el habla. «Pero esos diálogos ocurren con ella misma», insistía Noam Sainz, intentando conseguir una rebaja. «¿Hay acaso otro estilo de amigo que el amigo virtual?», preguntaba sarcásticamente un empleado de la clínica. Si Noam Sainz no podía pagar los amigos en el espejo, ningún problema, le insistían, los anulaban. La ventaja de la realidad virtual era que siempre se conseguía cambiarla, volver a diagramarla. Igual, como responsables profesionales, debían avisarle que su madre se había encariñado con varios amigos. Sobre todo con aquel a quien llamaba Ángel de la Guarda. Después de esas últimas palabras el empleado de turno interrumpía la comunicación y, a pesar de que ya no había imagen de un ser humano en la pantalla de su computadora, se seguía oyendo por unos segundos una sostenida carcajada. Ahora él debía pagar por amigos inexistentes, reflejos mejorados o desmejorados de su madre.

Había ido a todos los sitios y portales habilitados para reclamar un cambio en la fecha de vencimiento, el 18 por ejemplo, pero no lo había conseguido. En las cientos de opciones que le ofrecían nunca figuraba el pedido de una prórroga. Ah, esos tiempos –había escrito alguien en uno de los lugares cibernéticos dedicados a recibir quejas– cuando aún era posible hablar con una persona. Debió ser atroz, escribió otro, una pérdida de tiempo, el colmo de la ineficiencia.

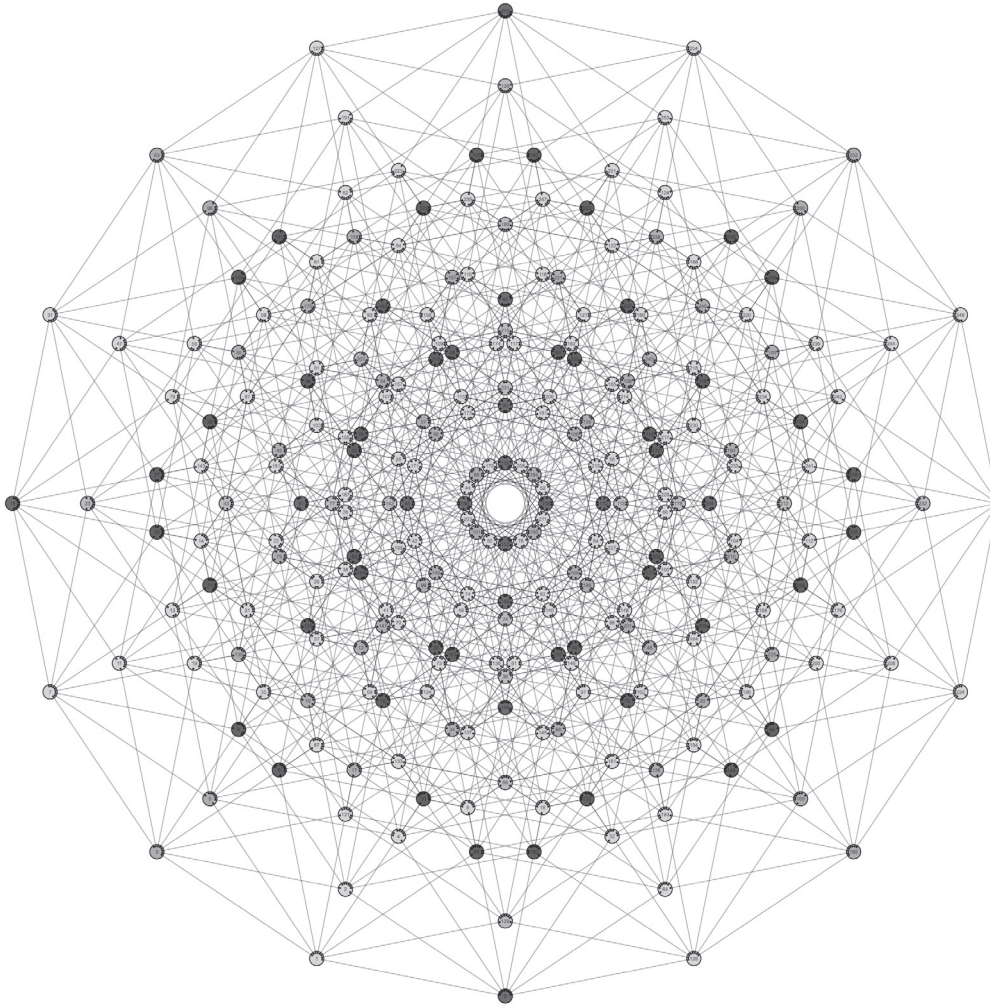
Del día 12 al 15 él no entregaba enseguida los productos que los consumidores acababan de comprar y ya estaban aguardando con la celeridad habitual. La impaciencia era buen negocio, pero sólo cuando se la satisfacía. Algunos protestaban con apenas unos segundos de retraso. La concentración de Noam Sainz se resentía, su eficiencia decaía, se agitaba corriendo por el departamento, enchufando cargadores, buscando posibles conexiones a la web de los vecinos mientras otros, desde lejos, se divertían en desconectarlo del resto de

la humanidad para obligarlo a sentirse aún más solo, si eso era posible.

Esos tres días, con atrasos de minutos en las entregas, eran el único impedimento para llegar a la codiciada cadena; pero qué le importaba a él una cadena como premio, aunque evidentemente le importara. Quería que le limpiara el cerebro de todas las emociones inútiles.

Y de repente la vio, mejor dicho, primero la oyó. Era un zumbido de insecto. No era posible que en su departamento hermético, donde nadie ni nada lograba entrar sin su permiso, se hubiera infiltrado un insecto. Era un zumbido un poco más alto al de un mosquito o una mosca, un recordatorio de un mundo apartado, casi inexistente. Creyó discernir el golpeteo de unas alas contra superficies y finalmente reparó: ¡Una avispa! Al preguntarse qué hacía allí y cómo había entrado en su departamento donde hasta las ventanas estaban selladas, al fantasear con la ilusión de que podía transformarla en un insecto doméstico, se dio cuenta de que no era una avispa de verdad, sino una falsa avispa, una copia perfecta que comparó con la fotografía de una avispa en su computadora. Por más que él la aplastara con toda la rabia y el odio que había aprendido a disimular, a dominar tan magníficamente, ella volvería a aparecer con su zumbido, posándose sobre paredes y cielorrasos. Razonó en voz alta, como si le hablara a la avispa, que evidentemente era el nuevo recurso de la Corporación de Comunicaciones para presionarlo.

Había perfeccionado el método anterior, mal que bien le había encontrado una vuelta, un modo de convivir con la adversidad que lo enaltecía, y ahora le presentaban otro desafío. Iba a tener primero que conformarse y después iba tener que aprender, lentamente, a acostumbrarse. La resignación era sólo eso: un hábito. ■



NO SOMOS DATOS

Javier Argüello

Este texto podría haber sido escrito por una máquina. Existen hoy programas capaces de conseguirlo. Lo que hacen es recurrir a datos y citas extraídos de otros textos y combinarlos de manera que otorguen coherencia al conjunto. Quien me lo encargó, sin embargo, no quería algo como eso. Sus instrucciones fueron muy específicas: no quiero información, me dijo, eso lo podemos encontrar en cualquier libro o revista de ciencias. Lo que quiero es una aproximación más literaria al asunto. En ese sentido hizo bien en encargárselo a un ser humano.

Si nos centramos en la información, en los datos que el texto va a contener, no cabe duda de que el confeccionado por una máquina resultará más rico que el que cualquier ser humano pueda producir, y la razón es muy sencilla: la cantidad de libros y artículos que un ordenador es capaz de almacenar en su base de datos es infinitamente superior a la que puede almacenar una mente humana. Y esto no sólo resulta de utilidad a la hora de redactar un texto. El Big Data –almacenamiento y procesamiento de información a gran escala– ofrece la posibilidad de establecer patrones de comportamiento y modelos predictivos en los más diversos ámbitos, desde el devenir de los mercados financieros hasta el avance de las enfermedades infecciosas. Las posibilidades son tan abrumadoras que han llegado a hacer creer

a algunos que dentro de poco ya no serán necesarias las hipótesis ni las teorías. Con los datos nos bastará para entender el mundo. O mejor: el mundo se explicará a sí mismo a partir de los datos a los que tendremos acceso.

Hace poco, en el marco de una discusión acerca de las posibilidades del Big Data, envié el siguiente relato a una publicación científica:

Se encuentran dos amigos y uno le dice al otro: voy a utilizar un sistema basado en el análisis de datos para determinar si tu novia te quiere. Eso no es posible, responde el segundo, no se trata de un asunto que pueda resolverse utilizando el análisis de datos. Puede que tengas razón, reconoce el primero. A la semana siguiente los dos amigos vuelven a encontrarse y el diálogo se repite: voy a utilizar un sistema basado en el análisis de datos para determinar si tu novia te quiere. Pero ¿no habíamos quedado en que eso no era algo que pudiera determinarse utilizando el análisis de datos? Sí, lo habíamos hecho, reconoce el primer amigo, pero ocurre que ahora cuento con una cantidad mucho mayor de datos.

La pregunta es: ¿existen parcelas de la experiencia que no pueden ser representadas en forma de datos? Porque si existen, entonces el hecho de contar con más o menos datos no debería alterar demasiado la situación. No se trata, pues, de cuántos datos podamos recopilar, sino del lenguaje en el que los mismos son concebidos y expresados, y de si ese lenguaje es capaz de representar todos los tipos de fenómeno que pueden tener lugar en el mundo. Los datos –y los algoritmos que los combinan– existen en lenguaje matemático. Durante mucho tiempo se pensó que el lenguaje de las matemáticas era el lenguaje del universo. Desde que Pitágoras afirmara que todo en el universo es número, se ha identificado a las matemáticas con el idioma que Dios empleó a la hora de diseñar su creación. Hoy sabemos que no se trata del lenguaje del universo, sino sólo de uno más de los construidos por nuestra mente para intentar penetrar sus misterios.

Y es que resulta muy tentador creer que se puede dar con un lenguaje que se adecúe de la mejor manera a la exploración y representación de cada una de las áreas en las que pueda verse involucrada la experiencia humana. Resulta muy tentador y a la vez muy peligroso. En el siglo XVIII, uniendo la capacidad predictiva de las matemáticas al poder de la razón, la corriente iluminista proclamó al método científico como el paradigma del conocimiento al cual todos los demás saberes deberían emular si querían ser considerados como tales. Montado en su razón, el ser humano sería capaz de alcanzar los límites del universo. Lo que terminó ocurriendo fue que redujimos el universo a aquellas pequeñas parcelas que nuestra razón podía abarcar, y desde ese brutal empobrecimiento fue que empezamos a pensar el mundo. Es de esperar que la euforia que rodea hoy al Big Data no nos haga caer en una confusión semejante.

Como pasan lentos los días y como caen rápidos los años. He aquí una frase que una máquina no podría escribir. No se trata de los datos que contiene. De hecho, en cuanto a los datos, la afirmación resulta contradictoria. Si los días están contenidos en los años y los años pasan rápido, ¿cómo puede ser que la naturaleza del continente no afecte al contenido? La estructura de la paradoja excede los datos que la misma contiene. Sólo un ser consciente es capaz de crear y descifrar, a través de su propia experiencia, una frase como ésta. Resulta imprescindible el punto de vista del sujeto para que cobre sentido. En el siglo XIX la literatura se percató de la importancia del punto de vista en la creación del sentido de un texto. Los llamados hechos objetivos –si es que hay algo en el mundo plausible de ser llamado así– no interesaban a nadie a menos que supiéramos a quién afectaban y de qué modo. La idea de un mundo que se explica a sí mismo empezaba a mostrar sus fisuras. En el siglo XX la física teórica fue un paso más allá y trasladó el dilema a la propia construcción de la realidad física. Para la teoría cuántica, no hay en el universo nada digno de ser denominado lisa y llanamente realidad. Lo único que

existe es un campo de probabilidades que sólo colapsa en una posibilidad concreta frente a la mirada concreta que un individuo ponga en juego. Antes de que eso ocurra, la realidad literalmente no existe.

Entremos, pues, en terrenos literarios. Existen, en cualquier pieza literaria, aspectos que son sistematizables y otros que no. Desde la poética de Aristóteles hasta la semiótica, pasando por los modelos que los formalistas rusos proponen, ha habido numerosos intentos de sistematizar lo sistematizable, y han resultado muy útiles allí donde lo que se pretendía era abarcar los aspectos sistematizables de las artes poéticas. Como escritor sé lo provechoso que resulta conocerlos, pero también sé que con eso no basta. Las herramientas del oficio nos dan un marco de contención y una brújula, pero nunca nos ahorrarán el vértigo de tener que lanzarnos al vacío. ¿Y de qué se compone ese vacío? De las profundidades insondables de nuestra propia humanidad. Sólo desde el centro de nuestra propia humanidad podemos dotar de existencia y sentido al inabarcable caudal de datos que la realidad nos ofrece. Y sólo escribiendo desde ese centro posibilitaremos el hecho de que otro ser humano se vea reflejado en lo que decimos. Cuando leo a Víctor Hugo, más allá de si habla de tormentas en *Los trabajadores del mar* o del tejido social en *Los miserables*, puedo reconocer la idea de mundo que organiza todos esos datos en torno a un centro sólido. Cuando leo a Dostoyevski, sin importar si habla de la posibilidad de redención en *Crimen y castigo* o del destino de los hombres en *Los hermanos Karamazov*, me encuentro con el ser humano que hay detrás de esas palabras y con la visión de mundo sobre las que éstas descansan. Las máquinas pueden barajar ingentes cantidades de información, pero no pueden establecer un centro desde el cual conectarlas. La mente humana es incapaz de albergar semejantes cantidades de datos, pero se las ingenia para idear sistemas que, a partir de unos pocos, logran hablar de la totalidad. La literatura es un mecanismo que produce sistemas a escala –a escala metafórica, no a escala matemática– de representar el mundo y la

realidad. El requisito es que utilice una humanidad como prisma. Y la manera en que ese prisma opera no es sistematizable. Su riqueza radica en la universalidad de su unicidad.

Pensemos por un momento en la música, en donde el límite entre lo sistematizable y lo no sistematizable resulta mucho más claro. Las notas sobre el pentagrama representan la parte sistematizable, un lenguaje matemático que sirve a los músicos para almacenar una información que luego deberán interpretar. La interpretación –cada interpretación– posee particularidades que no pueden ser sistematizadas. La popular afirmación de que la música es matemática representa de la mejor manera la confusión que existe al respecto. La misma partitura en manos de dos directores dará lugar a dos piezas distintas. Incluso la misma pieza en manos del mismo director creará cada vez una música nueva. El músico es un intérprete en todo el sentido de la palabra. Como cada uno de nosotros, que cada vez que interpretamos una experiencia –en el sentido musical, no en el sentido intelectual– la volvemos a crear.

Hace algún tiempo le pregunté a un experto acerca de una posible definición de inteligencia artificial. Me respondió que se trataba de máquinas llevando a cabo tareas que normalmente requerirían de un ser humano. Pero también me advirtió acerca de lo engañoso del nombre: no tiene nada que ver con la enorme complejidad y riqueza de la inteligencia humana. Una máquina puede jugar al ajedrez, pero jamás sabrá que está jugando ni lo que es perder o ganar. Una máquina puede reconocer una cara, pero jamás sabrá lo que es un ojo ni lo que significa mirar. Tendemos a sorprendernos de que las máquinas estén desarrollando cada vez más tareas que antes hacían los humanos, pero ¿y si la clave no estuviera en el desarrollo de las máquinas sino en la progresiva maquinización de las personas? Y no hablo sólo de las cadenas de montaje en las fábricas, ni de la especialización y compartimentación de las distintas competencias laborales. Hablo de médicos que ya no miran a sus pacientes, de profesores que

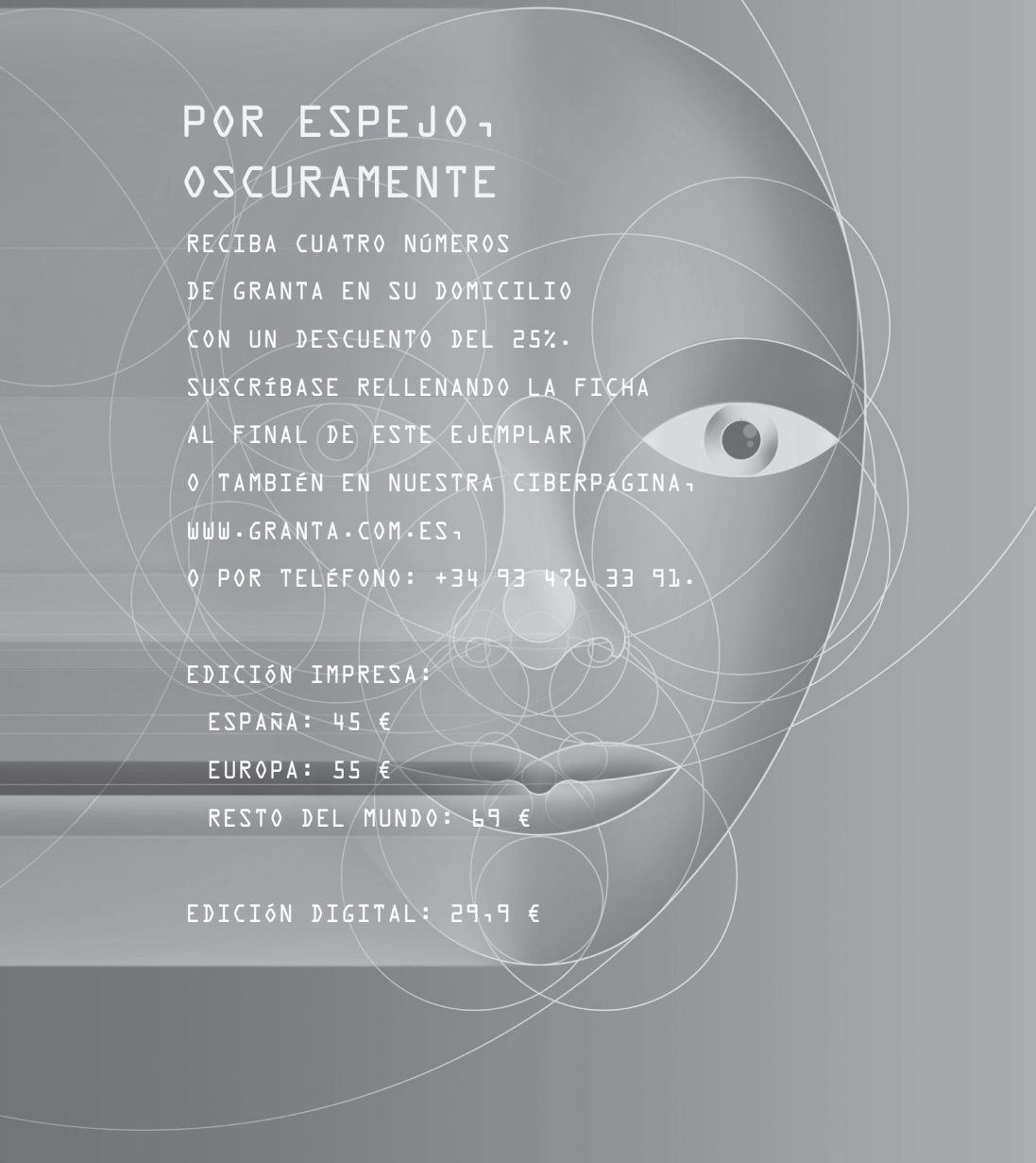
dan pastillas para la quietud y la inquietud a sus alumnos, de editores que evalúan los libros según lo que creen que venderá. La propia producción de conocimiento ha entrado ya en esa lógica. La mayor parte de los artículos que leemos se basa en combinaciones de datos y citas extraídos de otras fuentes. La mayor parte de las conferencias a las que asistimos refieren informaciones y estadísticas extraídas de los *papers* que el ponente ha leído y se estructuran de un modo que ya ha sido testeado en cuanto a su efectividad. Cada vez hay menos espacio para la manifestación real de una humanidad concreta. Y los públicos se han acostumbrado de tal modo que cada vez la echan menos en falta. Cuando decidimos regirnos por la parte datificable de la existencia estamos dejando de lado todo lo que hay más allá. Y no se trata sólo de parcelas o áreas del mundo, sino de buena parte de nuestra propia humanidad. Somos ese magma de impresiones y registros que moldea la existencia desde que la primera célula cantó la canción del infinito, una manifestación multidimensional de un universo complejo que ningún sistema discreto será capaz de reflejar. Si negamos el misterio de los oscuros arcanos que dan forma a la existencia, estamos negando el misterio de nuestra propia humanidad. No es que las máquinas estén actuando como humanos, es que los humanos ejercemos cada vez menos nuestra humanidad.

Llega la hora de cerrar este texto y me pregunto si habré conseguido el objetivo. Me levanto de la silla, me acerco a la ventana, y mientras miro el cielo nocturno, me pongo a pensar acerca de qué es lo que vuelve literario a un texto. Hubo un día, hace miles de años, cuando todavía éramos un puñado de homínidos sobre la Tierra, en que al caer la noche todos los integrantes del clan se retiraron a descansar. Todos menos uno. Era la primera vez que ocurría. Desafiando los ciclos biológicos, y mientras el resto de compañeros se adentraba en la caverna, este individuo aislado decidió conscientemente estirar un poco más la vigilia para quedarse a mirar las estrellas. En algún momento de la historia tuvo que haber existido ese día, y de una

manera extraña tengo la sensación de que ese instante fundacional viene a tender un puente con esta noche prosaica en que me encuentro mirando el cielo e intentando justificar la humanidad de lo que acabo de escribir. Pienso en ello y me veo pensándolo, ahí junto a la ventana, y de pronto se me ocurre que quizá sólo de eso se trata: la única distancia que existe entre una máquina y yo es que, a diferencia de la máquina, yo me puedo pensar existiendo. Me puedo pensar existiendo y eso me da la posibilidad de inscribir mis acciones y mis pensamientos en un contexto más general. La pregunta que me hice al comienzo de este texto acerca de si existen parcelas de la experiencia a las que los datos no pueden llegar es una pregunta que una máquina no puede hacerse: si fue creada para trabajar dentro de un sistema de datos dará por sentado que datos es lo único que hay. Ni siquiera un mecanismo mucho más complejo como un árbol o un perro puede hacer algo semejante, sólo los seres humanos somos capaces de ello. Es por eso que hemos inventado la música y la poesía para tratar de explicarnos nuestro lugar en el tablero, y para tratar de asomarnos a lo que hay más allá. Y no importa si nunca llegamos a nombrarlo, lo importante es que nunca lo dejemos de buscar. Porque el día en que dejemos de intentar vislumbrarlo, habremos perdido la dimensión de lo que es más grande que nosotros y actuaremos sólo en base a los efectos inmediatos que nuestras acciones provoquen. Sólo pensando en la forma que puede tener lo que nos excede, y por más que nunca lleguemos a comprenderla cabalmente, habremos conseguido preservar ese espacio fronterizo entre lo mundano y lo sagrado que nos hace ser humanos. El salto hacia el vacío no tiene otro objetivo que el centro de nosotros mismos. El misterio del universo se halla en nuestra propia humanidad. Dedicar tiempo y energía a intentar descubrir quiénes somos, cómo nos pasan las cosas, qué sentimos e imaginamos acerca del mundo que nos tocó habitar. Sólo así podremos responder cuando alguien nos pida algo más que un conjunto de datos o informaciones, ya que tendremos aquello que ninguna máquina tendrá jamás: algo para contar. ■

GRANTA

EN ESPAÑOL. NUEVA ÉPOCA | 5



POR ESPEJO, OSCURAMENTE

RECIBA CUATRO NÚMEROS
DE GRANTA EN SU DOMICILIO
CON UN DESCUENTO DEL 25%.
SUSCRÍBASE RELLENANDO LA FICHA
AL FINAL DE ESTE EJEMPLAR
O TAMBIÉN EN NUESTRA CIBERPÁGINA,
WWW.GRANTA.COM.ES,
O POR TELÉFONO: +34 93 476 33 91.

EDICIÓN IMPRESA:
ESPAÑA: 45 €
EUROPA: 55 €
RESTO DEL MUNDO: 69 €

EDICIÓN DIGITAL: 29,9 €